

# Borges y la espada justiciera

Juan José Hernández

En su ensayo *El arquero, la flecha y el blanco*, Octavio Paz se refiere a un rasgo de la personalidad de Jorge Luis Borges que no ha pasado por cierto inadvertido a otros estudiosos de su obra. Dice Paz: «La contradicción que habita en las especulaciones y en las ficciones de Borges —la disputa entre metafísica y escepticismo—, reaparece con violencia en el campo de su afectividad. Su admiración por el cuchillo y la espada, por el guerrero y el pendenciero, era tal vez el reflejo de una inclinación innata. Fue quizá una réplica instintiva a su escepticismo y la civilizada tolerancia»<sup>1</sup>.

Sin desechar del todo la hipótesis de una inclinación innata por la violencia, esa admiración de Borges por el guerrero y el pendenciero que señala Paz, podría ser examinada a través de la imaginería heroica que aparece en sus versos y en comparación con la de Leopoldo Lugones, su elocuente maestro.

Sabemos que Lugones fue para Borges el primer hombre de letras del país; que equiparaba su genio verbal con el de Quevedo, y que en 1938, cuando se suicidó en un recreo del Tigre, intentó, si no justificar, restarle importancia a su ideología nacionalista: «Lo esencial del Lugones es la forma —escribió en la Revista *Sur*— Sus razones casi nunca tenían razón. En vida, Lugones era juzgado por el último artículo ocasional que su mano había consentido. Muerto, tiene el derecho funerario de que se lo juzgue por su obra más alta».

En realidad, Lugones no era juzgado por sus artículos ocasionales, sino por sus ensayos y conferencias en los que había renegado de la democracia para convertirse en un propagandista del nacionalismo armado, en el ideólogo de un proyecto político de inspiración fascista. En la frase de Borges, lo esencial en Lugones es la forma; si reemplazamos la palabra forma, que hace pensar en inmutables arquetipos platónicos, por lenguaje, que nos lleva al plano de la significación, podríamos establecer diferencia y analogías entre la rica y exaltada imaginería heroica de Lugones

<sup>1</sup> Octavio Paz, «*El arquero, la flecha y el blanco*», Buenos Aires, diario La Nación, 29-VI-1986.

y la de Borges, mucho más sobria, y hasta si se quiere democrática, pues incorpora a ella las proezas de duelos a cuchillo entre compadritos alfabetos.

Tanto Lugones como Borges se enorgullecían de su estirpe criolla que se remontaba a los orígenes de la patria, a la guerra de la independencia. Así en este poema de Borges: «Mis antepasados fueron soldados y estancieros. / Uno peleó contra los godos, / Otro, en el Paraguay cansó su espada». En el dedicado a su bisabuelo, el coronel Isidoro Suárez, se limita a enumerar con sobriedad: «Dilató su valor en los Andes, / Contrastó montañas y Ejércitos / La audacia fue costumbre de su espada... Hoy es orilla de tanta gloria el olvido».

Por su lado Lugones, que además descendía de una familia de conquistadores, consigna los siguientes datos de un antepasado militar, el coronel Lorenzo Lugones: Formó parte del primer ejército de la patria, falleció en la pobreza, pero con dignidad. La acotación con dignidad, convierte la pobreza del militar en una virtud ejemplar.

Paz, en el artículo citado al principio, establece una distinción entre el auténtico heroísmo y la simple valentía que, a su criterio, Borges no habría sabido diferenciar. No es lo mismo ser un cuchillero de Balvanera que ser Aquiles: los dos son figuras de leyenda, pero el primero es un caso y el segundo es un ejemplo. Esta observación revela la diferencia esencial que separa la imaginería heroica de Lugones, tendenciosamente didáctica, de la de Borges, meramente elegíaca y, en algunos casos, decorativa.

Borges no cree demasiado en la función paradigmática del héroe, y mucho menos tratándose de un héroe a tal punto vengativo y sanguinario como lo fue Aquiles. En el poema a su bisabuelo, mencionado anteriormente, nos recuerda que la gloria militar está destinada al olvido. Lugones, en cambio, se propone perpetuarla en sus versos; aspira a que su imaginería heroica irradie sobre conmemoraciones y arengas castrenses. Para Lugones, el héroe griego fue un ejemplo digno de emulación: encarnaba las virtudes guerreras de la antigua aristocracia helénica y como tal debía cumplir una función educadora en la sociedad. En su ensayo *El Ejército de la Ilíada*, donde se confunden mirmidones y montoneros, lo expresa enfáticamente: «Aquiles es el Juan sin Miedo de las leyendas, el héroe nato cuyo único destino es combatir; el hijo clásico de la gloria; posee el carácter jactancioso de los valientes: su destino es vencer, conforme a la creencia de todos los predestinados para el mando»<sup>2</sup>.

<sup>2</sup> Leopoldo Lugones, *El ejército de la Ilíada*, Buenos Aires, Otero y Co. Impresores, 1915.

En Lugones, más que en Borges, se adivina una inclinación innata por la violencia; su imaginería heroica, aunque actúa en un nivel simbólico, encarna también en su persona. «Mi alma vive en flameantes sobresaltos de lucha, pues mi cuerpo es la vaina de una espada», le confiesa a Rubén Darío en una carta escrita en versos pareados en que celebra el nacimiento de su hijo. Como las flechas, que para Lugones son espigas de la muerte, sus palabras llevan peligrosamente el germen de la acción.

En los poemas de Borges, sus antepasados guerreros permanecen confiscados en la galería de los retratos de familia; son daguerrotipos desvaídos que le inspiran versos delicados y elegíacos, o austeros epitafios. La espada no es heroica, sino cruel en estos versos de juventud: «Quedamente a tu vera / se desangra el silencio. / Yo casi no soy nadie, / soy tan sólo un deseo que se pierde en la tarde: / en ti está la delicia / como está la crueldad en las espadas».

La admiración de Borges por el cuchillo y el pendenciero, latente en sus primeros poemas, acabó por encarnarse en algunos personajes del folklore suburbano de Buenos Aires –guapos y compadritos– que pueblan sus cuentos. Fue una necesidad como narrador después de la publicación en 1930, de su ensayo sobre Evaristo Carriego, sin descontar por ello la atracción que por los seres marginados y la mala vida suelen sentir quienes nacieron al resguardo de un hogar burgués, especialmente culto en el caso de Borges. Nadie se explicaba entonces cómo un intelectual, a tal punto refinado y cosmopolita, conocedor de literaturas exóticas, podía ocuparse de un poeta menor como Carriego, autor de versos prosaicos, no desprovistos de espontaneidad y encanto, en los que contaba historias sensibleras y a veces sórdidas del barrio de Palermo; una riña sangrienta entre malevos; las desventuras de una costurerita seducida y abandonada por un don Juan orillero; la tristeza de un viejo ciego que llora, sentado en un umbral, al escuchar la música de un organito callejero.

Carriego, fundador de la poesía del suburbio, había vivido en ese arrabal porteño, junto al arroyo Maldonado, que a Borges le hubiera gustado conocer. Guapos y compadritos de la época de Carriego son rescatados en ese libro, con sus típicos rasgos de carácter y hombría que unidos a la proverbial sorna criolla, reaparecerán en sus cuentos realistas a partir de *Hombre de la esquina rosada*, escrito en primera persona y en lenguaje arrabalero, como lo señala Ana María Barrenechea en su ensayo: «Aunque enriquecido por artificios poéticos que lo alejan del sainete y del tango, este lenguaje arrabalero se vuelve un tanto hermético fuera del país». Con todas las condiciones para ser un exquisito, Borges se orienta de un modo singular en los bajos fondos de la vida porteña y en el lenguaje del arrabal. Lástima que esas páginas resulten incomprensibles a los que no han frecuentado

esos ambientes», escribió Alfonso Reyes<sup>3</sup>. Algo semejante les ocurre a sus compatriotas, que no son porteños ni se criaron en Palermo, con algunos de sus versos de juventud reunidos en *Fervor de Buenos Aires*, *Luna de enfrente* y *Cuaderno San Martín*.

En la obra de Borges, sin aventurar hipótesis en el campo de su afectividad, el culto al coraje, personificado en malevos de andar hamacado, melenas lacias y renegridas y rostros cruzados de cicatrices, es antes que nada un recurso literario para la recreación poética de aquellos personajes marginales de fines del siglo pasado y del sórdido suburbio que habitaban. También en el *Romancero Gitano* de Federico García Lorca, sus héroes poseen, además de coraje, determinadas características físicas: andar lento y garboso, bucles empavonados, cutis amasado con aceituna y jazmín. Se trata, en ambos casos, de estilizaciones poéticas destinadas a exaltar, en la obra de García Lorca, la esencia andaluza, y en la de Borges, la criolla. Por un lado el barrio de Triana, el Guadalquivir y Antoñito el Camborio; por el otro, el barrio de Palermo, el arroyo Maldonado y Juan Muraña.

La imagería heroica de Lugones, basada en los valores de fuerza y soberanía, con su heráldica de cóndores asesinos, tigres solares y espadas providenciales, solidaria de aquel proyecto militarista de los años treinta, se nos antoja, hoy por hoy, una antigualla retórica. ¿Cómo explicar su resurgimiento sorpresivo, casi medio siglo después, en una frase de Borges cuando en la primavera de 1976, en plena dictadura de Pinochet<sup>4</sup>, viajó a Chile para recibir el doctorado *honoris causa* en una universidad de ese país. Al hablar para agradecer la distinción, comparó a Chile, fiel a su forma geográfica, a una larga espada justiciera que en esos años ponía fin al desatino interno y se encumbraba hacia el destino de libertad trazado por sus próceres. Cabe imaginar que ese momento, en el gran cuadro al óleo que adorna (o debería adornar) el salón de actos de la universidad, San Martín y O'Higgins, a punto de estrecharse en un abrazo, se ruborizaron.

El recuerdo de ese episodio no invalida, por cierto, la magnífica obra literaria de Borges, como tampoco los excesos verbales de Lugones desmerecen la equilibrada belleza de sus *Romances del Río Seco*. Otro tanto podría decirse de Ferdinand Céline y de Ezra Pound.

Hermanados en la *deseable dignidad de estar muerto*, como escribió Borges en un poema, a todos ellos les serán perdonadas las humanas flaquezas e indignidades que tuvieron mientras vivían, y serán juzgados —no queda más remedio— únicamente por sus obras más altas.

<sup>3</sup> Alfonso Reyes, *Los trabajos y los días*, México, Ediciones del Occidente, 1945.

<sup>4</sup> El 23 de septiembre de 1976, en un atentado de carácter político, fueron asesinados en Washington el ex canciller chileno Orlando Letelier y su asistente norteamericana Ronni Moffitt.